

CARTA A LOS INTELECTUALES

por Félix García

Un amigo me ha pedido que os escriba una carta, sin darme más detalles sobre el asunto. Como es un buen amigo al que quiero mucho, no se me pasó por la cabeza decirle que no; además, escribir una carta no parece una tarea demasiado ardua. Al mismo tiempo, siento una gran afición por el género epistolar. Siempre me llamaron mucho la atención las cartas escritas por los grandes pensadores de la historia de Europa, comprobando que en esas cartas se podían encontrar no sólo algunas de sus más importantes aportaciones, sino también la frescura del diálogo mantenido entre personas preocupadas por los mismos problemas. Pensar es dialogar, y las cartas mantienen vivo el diálogo mucho más que los libros o los artículos de revista. Para completar el atractivo que para mí poseen las cartas, siempre las he considerado mucho más cálidas y personales, siempre hay en ellas más huellas de la persona que piensa y no sólo de sus pensamientos. Sé que en tiempos acelerados como los que nos ha tocado vivir, las cartas han pasado a un muy segundo plano; no quiere decir eso que la gente haya dejado de dialogar, pues se han buscado otros sistemas como el teléfono o los congresos para propiciar que el diálogo, y con él el pensamiento, no se agosten. Lo malo es que esas conversaciones no quedarán grabadas para tiempos posteriores y para otras personas, lo cual no deja de ser una pérdida considerable. Es por eso por lo que, personalmente, reivindico el placer de leer y escribir cartas y procuro practicarlo con cierta asiduidad.

Aceptado el encargo (quizás con mucho cariño, pero con poca reflexión sobre lo que me podía suponer llevarlo adelante), es llegado el momento de ponerlo en práctica. Y he aquí que se presenta la primera dificultad seria. Si yo escribo una carta a un amigo, Carlos por ejemplo, sé de sobra quién es, recuerdo su cara, su manera de hablar y otras muchas cosas que hemos ido compartiendo con los años. Pero, ¿quiénes sois vosotros, los intelectuales, a los que se supone que estoy escribiendo esta carta? La verdad es que no puedo asignaros esos rasgos personales que necesita todo destinatario de una carta. Puedo, por ejemplo, evocar el recuerdo de una persona en concreto a la que yo considero un intelectual, y eso me permite empezar a escribir; sin embargo, pronto se desdibuja su rostro y todo lo que le acompañaba, apareciendo otro distinto en su lugar, con lo que el texto de la carta que empezaba a salir de mi teclado del ordenador cambia bastante. Parece ser, por tanto, que no me va a quedar más remedio que prescindir de esos rasgos personales, aunque sé que con eso puedo estar asestando un golpe mortal a la carta que quiero escribir. Jugaré al menos con unos cuantos nombres y unos cuantos rostros para no perder del todo el referente de carne y hueso. Ya os he elegido a unos cuantos, con-

flando en la posibilidad de que, silenciados los nombres, otros cuantos más puedan considerarse destinatarios de la carta.

Pero aún así siguen multiplicándose las dificultades. ¿Por qué he seleccionado precisamente esos conocidos y no otros? Si me fijo, sois, además, bastante diferentes entre vosotros, aunque no he tenido dificultad en ponerlos rápidamente a la etiqueta de intelectuales. Al fin y al cabo, el término intelectual parece ser algo confuso y difuso y tampoco estoy muy seguro de que en estos momentos sea un término positivo, de esos que consideras elogiosos y estás deseando que te atribuyan. De todas formas, puedo fijarme en lo que tenéis en común, eso que ha hecho posible que rápidamente os llame intelectuales. Está claro, para empezar, que sois personas con conocimientos, con cultura, que habéis adquirido una formación superior, incluso casi todos lucís el doctorado en vuestra respectiva disciplina. Y ese primer rasgo resulta ya impresionante: menos del 7% de la población española, según algunos datos, se encuentran en ese grupo (y menos del 1% si nos fijamos en la población mundial). Vamos, que pertenecéis a la élite, a la flor y nata; es más, estoy dispuesto a pensar que lo sabéis perfectamente y que eso os conduce con frecuencia, incluso aunque no lo queráis, a mirar al resto un poco por encima del hombro. Sabéis, sabéis que sabéis y sabéis que el saber da poder.

Y por aquí entra una segunda nota que, de acuerdo con mis entendederas, también compartís. Sois conscientes del poder de vuestros conocimientos y, más precisamente, sois conscientes del poder de vuestra palabra. Habéis heredado un viejo oficio que inventaron hace muchos, muchos años, unos entrañables —y denostados— personajes llamados los sofistas. Con mayor o menor destreza poseéis la capacidad de seducir con vuestras palabras, de persuadir y algunas veces incluso de convencer. No paráis de decir, además, que es la palabra, aquella que brota de un discurso racional, la que debe imperar en la sociedad, destrinando para siempre la fuerza y la violencia. Pero a veces pienso que decís eso no porque consideráis que la fuerza sea mala, sino porque estáis seguros de que, si la palabra se convierte en la piedra de clave de la resolución de los conflictos sociales, vosotros seréis los jefes de la banda, todos os llamarán, si no como gobernantes, al menos como asesores de los gobernantes. En el fondo os sigue gustando aquello del rey filósofo de que hablaba uno de los más grandes intelectuales que ha nacido en el mundo occidental.

Y por aquí va un rasgo común que permite distinguiros de otros colegas también muy cultos, también dotados de muchos conocimientos, pero que no quieren o no saben ejercer de intelectuales. Vosotros tenéis clara conciencia del papel social que vuestros conocimientos pueden tener y estáis dispuestos a ejercerlo, es más, estáis intentando ejercerlo, aunque muchas veces carecéis de los medios para tener la incidencia social que desearíais tener. Procuráis salir en los periódicos, a ser posible en los de más tirada, y mejor todavía en alguna columna fija. También estáis representados en los consejos de redacción de algunas revistas y de algunas editoriales, lo que os concede una puerta abierta a la publicación de algún que otro libro, pues sabéis que, al final, sin libro escrito y publicado, no se alcanza el debido reconocimiento. Es más, no vale cualquier editorial: hay que publicar en alguna de las importantes. Al fin y al cabo estáis sujetos a las mismas reglas del juego que el res-

to de los mortales: sólo soy algo si los demás están dispuestos a concederme el correspondiente título o reconocimiento. Y en vuestro caso, ese título sólo se consigue cuando vuestro nombre está impreso en letra grande la portada de algún libro o en el artículo de opinión de un gran diario.

Afortunadamente ya he conseguido cubrir ese primer requisito del género epistolar: sé a quiénes estoy escribiendo. Lo malo es que me acaba inmediatamente un segundo problema; no tengo muy claro a dónde debo enviar la carta. Ya he dicho que publicáis en varios sitios, pero al fin y al cabo esas editoriales y diarios no son vuestro domicilio fijo. Desde luego, una gran mayoría estáis trabajando en la Universidad, por lo que además de intelectuales, o más que intelectuales, puedo consideraros como funcionarios del Estado. Bastaría, quizás, con enviar la carta a la Universidad Española, título algo rimbombante y algo vago, pero que quizás le sirva de orientación al cartero. Lo que pasa es que, si me paro a pensarlo un poco más, empiezo a recordar que otros que encajáis en la definición que antes de no pertenecéis al conjunto de profesores universitarios. Algunos tenéis más bien un oficio desconocido y procuráis alcanzar una cierta estabilidad económica consiguiendo plaza fija de articulista en la prensa, a lo que añadís algún pique con una conferencia por aquí, o unos derechos de autor por allá. Pero también podría enviar la carta a muchos ministerios, porque acabo de daros cuenta, al pensar en la dirección, que un nutrido grupo de vosotros habéis ocupado o estáis ocupando plaza de asesor de algún alto cargo, sobre algún tema del que, en principio, sois especialistas. Es más, algunos habéis conseguido ir más allá y habéis pasado de asesores de Director General a Directores Generales. Y ahí ya no nos andamos con bromas; vuestras ideas no sólo inciden en la vida cotidiana a través de una difusa influencia; vuestras ideas se convierten en reales decretos y en leyes, consiguiendo casi alcanzar el sueño de todo intelectual que se precie, llegar a ser un rey filósofo.

Pero parece ser que hay que dar marcha atrás porque algo empieza a no cuadrarme en esta dichosa carta (al final no va a ser tan fácil escribirla). Al pensar en Directores Generales o en sesudos expertos asesores de asuntos varios me he dado cuenta de que ese tipo de personas nunca han sido consideradas intelectuales, al menos en el sentido más genuino de la palabra. Por lo menos no es lo que yo siempre había entendido por un intelectual; pero encajáis en la vaga definición que ofrecía al principio. ¿Dónde me he equivocado? La verdad es que no es muy difícil descubrirlo, sobre todo si tengo presente que algunos de vosotros no habéis ocupado esos puestos de poder toda la vida, sino que habéis llegado a ellos recientemente y algo sé de vuestra biografía personal. Cuando decía que tenéis clara conciencia del papel social que vuestro conocimiento podía desempeñar, no estaba pensando en ese papel social, sino en otro más crítico. Para ser intelectual hay que estar más bien en una actitud crítica y distante respecto al poder. Hay que tener la navaja permanentemente afilada para poder diseccionar sin piedad los desafueros que los poderosos suelen cometer apoyados en aquello que les sobra, la fuerza.

No es que yo os sugiera que estáis todo el día a la contra, o que os paséis la vida diciendo que así no se deben hacer las cosas, pero sin llegar nunca a mancharos algo las manos. Creo sinceramente que no daríais la talla si os limitáis a hacer eso. Pero lo malo es que me da la sensación de que muchos de vosotros habéis sumbi-

do a la tentación del poder y habéis terminado convirtiéndolo en fin lo que no debería ser más que un medio. O lo que es peor, habéis terminado confundiendo los papeles y os habéis convertido en legitimadores del poder establecido. Todavía me escuece el recuerdo de las intervenciones de muchos de vosotros en aquella triste guerra contra Irak. Pusisteis un celo excesivo en defender algo que no tenía defensa posible, mostrando una falta de coraje penoso; eso sí, demostrásteis una gran capacidad intelectual para hacer pasar por bueno lo que no lo era. Ése fue un caso de flagrante delito, pero lo malo es que no era más que la consecuencia final de un largo camino en el que habéis ido haciendo concesiones en muchos pequeños temas, hasta llegar a perder el olfato crítico que todo intelectual debe conservar.

Mucho me sospecho que el mal está en la raíz, y debo explicarme un poco. Está claro que muchos procedéis de, o estáis en la Universidad. Por lo que os oigo contar a vosotros mismos de vuestras andanzas y desventuras en los campus universitarios, hace ya algún tiempo que la Universidad se ha convertido en un sordido y mezquino campo de batalla, en el que todo vale con tal de llevarse un trozo del pastel. En la propia Universidad hay poder, mucho poder, y no os duelen prendas cuando de conquistar el poder se habla. Ya se trate de adjudicar una plaza fija, de conseguir unas dotaciones extraordinarias para la investigación, o de cosas más elementales como figurar en unos cursos de verano o en la última obra colectiva que va a publicar el colega de turno en una editorial prestigiosa, el hecho es que entráis a saco para figurar los primeros, a veces incluso simplemente para que no figure el enemigo de turno. Habiendo tenido esa escuela no es de extrañar que luego estéis dispuestos a ejercer de intelectuales aulicos o de expertos en legitimaciones.

Para más inri, con tanta lucha por el poder, casi no os queda tiempo para leer, para pensar y para escribir. Y la verdad sea dicha, si bien puedo entender un intelectual que en un momento determinado acepte el reto de ejercer durante un tiempo un cargo público para intentar llevar a la práctica sus ideas, no entiendo en absoluto un intelectual que ha olvidado el ejercicio de la reflexión profunda y sosegada sobre la realidad que nos rodea. Al margen de otras consideraciones, no me cabe la menor duda de que la primera y decisiva función social del intelectual es la de pensar la realidad, ofreciendo a sus contemporáneos algunas ideas que les ayuden a dotar de sentido su vida social y personal. Diría aún algo más; en tiempos recios y confusos como los que nos están tocando en suerte, esa tarea de comprender e iluminar la realidad adquiere una urgencia acuciante. Y si eso no lo hacen los intelectuales, ¿quién lo va a hacer?

Vamos, que si de vuestra función social se trata, creo que muchos estáis necesitando un auténtico tratamiento de choque para que redescubráis lo que debería estar más claro que el agua. No veo otra manera de recuperar una cierta sensibilidad perdida, o de desembotar unos sentidos que han sido tan saturados por situaciones tan distorsionadas que han terminado confundiendo los papeles. Bien es cierto que quizás se solucionara algo más este problema si reflexionáramos sobre la primera característica que os atribuía, la de pertenecer a una élite. La tentación de convertirse en un fatuo presuntuoso, engreído precisamente por esa situación de privilegio es demasiado fuerte. Y nada hay tan nefasto en esta vida como una persona pagada de su propia valía. Un remedio clásico con el que se solía conjurar este grave peligro

era el de acentuar el papel educativo del intelectual. Lógica continuación de la función social de pensar la realidad de la que acabo de hablar, era la clara vocación educativa de todo intelectual. Se trataba de poner a disposición de todos el saber al que uno había accedido por variados motivos; de no quedarse en exclusivo algo que debería pertenecer a todos.

Desgraciadamente echo en falta más de lo que sería prudente esa vocación pedagógica. Fijaos, por ejemplo, en la escasez de publicaciones de buena divulgación, aquellas que, sin renunciar al conocimiento riguroso, realizan un serio esfuerzo por hacer accesible para todos lo que es coto privado de caza de los especialistas. Más bien habéis caído en la trampa de convertirlos precisamente en eso, en expertos que son solicitados por colectivos, a los que se ayuda, pero dejando bien claro que vosotros sois los poseedores del saber y que no ofrecéis excesivas explicaciones, en gran parte para no perder los privilegios que os proporciona la desigualdad de conocimientos. Casi terribles pareciéndonos mucho a los abogados, gente ducha en el arte de utilizar un lenguaje oscuro para asegurarse de que siempre que tengamos un problema (normalmente creado por ellos), tendremos que recurrir a sus servicios.

Y aquí volvemos a topamos con la Universidad. Creo que ha sido una desgracia para todos vosotros el que en un momento determinado la Universidad española renunciara a la misión educativa y se dedicara casi exclusivamente a la función investigadora. Educar a aquellos que más adelante van a ocupar los puestos de responsabilidad en esta sociedad jerarquizada ha dejado de interesaros. Es más, parece que incluso lo que más os molesta de la Universidad es tener que dar clase a los alumnos. El problema es que aceptar una Universidad que no eduque implica condenar a la sociedad a que los cargos de responsabilidad sean ocupados por personas cuya educación ha sido gravemente descuidada. Del mismo modo que implica desperdiciar un enorme potencial, precisamente el formado por vuestros conocimientos, que quedan encerrados en una torre de marfil, de la que sólo descendéis cuando se os propone algún proyecto rentable (para el desarrollo del propio *curriculum*, se entiende).

Y dado que los males nunca vienen solos, sino que aparecen juntos reforzándose mutuamente, todo esto termina afectando a la segunda característica que utilicé al principio de mi carta para definirlos. ¿Realmente poseéis conocimientos? Está claro que sois renombrados especialistas en campos más bien restringidos del saber. Pero el experto carece del tipo de conocimientos que se le deben suponer a un intelectual. Un intelectual debe aproximarse más que al conocimiento a la sabiduría, y esta última se da de bruce con la especialización que define a un experto. Por recurrir a un ejemplo de algo que conozco mejor, el especialista en Nietzsche, o en Hegel, o en el Kant póstumo (que de todo esto se encuentra en los Departamentos universitarios), suele no saber nada de filosofía. De hecho, cuando le sacan de su magnífico seminario sobre el tema que domina, suele decir bastantes tonterías.

Por eso posiblemente hayáis terminado perdiendo el interés por la educación. Encerrados en el reducido marco de vuestra pequeña especialidad, carecéis de los recursos necesarios para educar, dado que la educación exige más bien unos marcos de referencia globales en los que puedan ir encajando las diferentes piezas de

nuestra vida. Dicho de otra manera, para educar hacen falta sobre todo generalistas (me atrevería incluso a decir que hacen falta intelectuales), pero eso parece perdido, al menos en las aulas universitarias. El saber se transmite entonces de forma parcelada, en pequeñas piezas independientes, como si de un mecano se tratara, con el agravante de que nadie parece ofrecer ni siquiera las instrucciones para poder montar las piezas sueltas y terminar construyendo una obra con sentido.

Y no sería de extrañar que todo esto guardara relación con alguno de los problemas que ya he mencionado. Fijos en que el experto, casi por definición, termina siendo una persona que no ve más allá de la punta de su nariz, o que lleva unas orejeras que reducen notablemente su campo visual. En esas condiciones, ejerciendo de expertos, difícil va a ser que podáis llegar a entender los problemas de la sociedad que os rodea y, a partir de ese conocimiento, ejercer el papel social que de vosotros se podría esperar. Comprendo también que parece ineludible en estos momentos una cierta especialización, dada la magnitud de los conocimientos que están a nuestra disposición. Sin embargo, entre el experto especialista y el generalista enciclopédico hay grados intermedios en los que no es tan difícil situarse y que terminan rompiendo con la dinámica nefasta de la especialización. También existe la posibilidad real de un trabajo en equipo en el que entre todos podamos superar las limitaciones que cada uno tiene. Pero claro, trabajar en equipo supone renunciar a las luchas por el poder que parecen ser inevitables.

Total, que había empezado esta carta con bastantes ánimos y al final ya no sé a quién enviársela, y tampoco sé mucho qué es lo que tendrís que decirnos a vosotros los intelectuales, e incluso he llegado a dudar de a dónde mandarla. Y la verdad es que me gustaría haberos contado muchas cosas, especialmente me hubiera gustado hablaros de las cosas que a mí me preocupan, o de cuáles son las cuestiones claves en este mundo requeante, o de posibles proyectos en los que trabajar juntos, recuperada una ilusión que nunca debe abandonarnos. Ya os dije que son muchos los problemas y que lo primero que espero de vosotros es que me deis ideas para hacerles frente. Comprendo que ya tenéis vosotros mismos bastantes problemas y no queréis meteros en más; no me importa demasiado esperar. Lo que pasa es que, si tardáis mucho en resolverlos, tendré que acudir a otros sitios en busca de ayuda.

Tiempo es de terminar esta carta; habrá nuevas ocasiones de seguir hablando. Hasta entonces, procurad cuidaros.

Félix García Moriyón.

Filósofo del Instituto Emmanuel Mounier